

# LA POLÍTICA DE LA HISTORIA CONCEPTUAL\*

---

Kari Palonen

Universidad de Jyväskylä, Finlandia

Los agentes políticos casi nunca tienen un conocimiento pleno de su propia actividad. Sin embargo, el conocimiento que tienen de sí mismos es un paso necesario para la comprensión de sus actividades. Me gustaría aplicar este principio a la historia del Grupo de historia de los conceptos políticos y sociales (*History of Political and Social Concepts Group*, HPSCG), escribiendo, para decirlo en términos de Koselleck<sup>1</sup>, una especie de apunte [*Aufschreibung*] de esta historia realizada por uno de sus iniciadores. Siendo como soy profesor de ciencia política, incluso este apunte no se quedará en una mera relación: contendrá, además, algunas reflexiones sobre la política académica actual. Mi tesis principal es que la historia conceptual se está convirtiendo progresivamente en indispensable a causa de la tendencia histórica de la práctica política, particularmente por la relativa transición de una política de respuestas a ciertos asuntos dados de antemano, a una nueva política que cuestiona y tematiza las propias cuestiones sometidas a discusión.

## 1. ¿Por qué la historia de los conceptos?

Las actividades internacionales acerca de la historia de los conceptos han aumentado en la dirección de crear una red mucho mayor de lo que algunos de nosotros pudiéramos haber imaginado o esperado cuando lanzamos la idea de celebrar el primer congreso internacional en el Instituto Finlandés de Londres en junio de 1998. ¿Por qué una sencilla actuación como ésta dentro de la política académica contribuyó a promover una amplia gama de actividades, como hoy

---

\* Traducción: Javier Fernández Sebastián y Arantza Pareja Alonso.

<sup>1</sup> Reinhart KOSELLECK, *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Francfort del Main, Suhrkamp, 2000.

puede comprobarse en el boletín del HPSCG y en la página web (<http://www.jyu.fi/yhtfi1/hpscgc/>)? Lo que puedo ofrecer aquí son algunas especulaciones, utilizando mi imaginación, a la vez que, como teórico político e historiador de los conceptos, utilizaré ciertas herramientas intelectuales de las que dispone la propia historia de los conceptos, ya sea en el estilo de Koselleck o en el de Skinner.

Mi primera tesis es que uno de los motivos de nuestro relativo éxito con el HPSCG está relacionado con que el lanzamiento de la iniciativa se produjo desde abajo, por parte de investigadores de forma individual. Una política de investigación a largo plazo, bien financiada y cuidadosamente planificada, llevada a cabo, por ejemplo, por alguna de las distintas instancias académicas estatales, o la UNESCO, o la Unidad para la Investigación de la UE, o incluso por la Fundación para la Ciencia Europea, no hubiera superado seguramente nuestros logros. Inevitablemente, se hubiera perdido demasiado tiempo en la planificación, demasiado dinero en la administración, en asegurar la participación de «celebridades», e incluso el contenido hubiera sido tan aburrido como suelen serlo los textos oficiales de la clase académica. Si la historia de los conceptos pudiera ofertarse como área fundamental en la política de investigación oficial, digamos de la UE, yo creo que debiéramos mirar tal cosa con recelo. Por mi parte, el día en que la historia conceptual se convierta en «ciencia normal» en el sentido de Kuhn, tendré poco que hacer en este campo.

La primera regla para desenvolverse en la vida académica internacional consiste en no esperar nunca que alguien proponga la organización de cualquier cosa que uno mismo quisiera proponer. Si se tiene una buena idea siempre es mejor realizar la propuesta por uno mismo, incluso a costa de verse obligado a organizarlo todo.

Nada puede hacernos renunciar tan fácilmente como una idea nueva sin respaldo institucional. Fracasos de ese tipo no necesitan explicaciones. ¿Por qué no fue este el caso de nuestra historia de los conceptos? ¿Cuál fue el atractivo retórico concreto y el momento persuasivo de nuestra propuesta? Nada resulta más difícil de «explicar» que los acontecimientos presentes en los que uno ha participado, y que todavía se encuentran inmersos en un proceso de cambio. El punto de vista de este apunte [*Aufschreibung*], por tanto, tan solo aspira a aventurar algunas conjeturas provisionales que podrían corregirse o mejorarse más adelante. Lo que sigue es una relación de los diferentes niveles de explicación posibles. Mi tesis general es que el relativo éxito del HPSCG tiene que ver con cambios en la práctica académica, y especialmente con cambios en el estilo de hacer política que se vienen produciendo a lo largo de las últimas décadas.

No tenemos ninguna razón para proclamar que nuestra modesta propuesta fuera de algún modo excepcional o extraordinaria. Sin embargo, ésta «llegó» a determinados públicos al ofrecerles algo nuevo. Nadie puede afirmar con seguridad de qué modo, en aquel momento, fuimos capaces de alcanzar esa audiencia de personas interesadas en la historia de los conceptos, aunque la pregunta merecería un poco de atención.

La primera puntualización que quisiera hacer es que las líneas de actuación académica se están desdibujando en varios aspectos. Hoy día, las organizaciones intra-disciplinares no tienen mucho que ofrecer. Las organizaciones de ciencias políticas como la IPSA (International Political Science Association) o el ECPR (European Consortium for Political Research), por ejemplo, se han convertido en lugares habitados más o menos por las mismas personas durante décadas. Organizaciones como éstas, por supuesto, han sido «utilizadas» a conciencia para el subversivo propósito de explorar la historia conceptual, incluyendo la intención de reclutar historiadores, filósofos, etc., para la reuniones de ciencia política. Este mismo estancamiento también se mantiene, ciertamente, en las instituciones «intra-partidarias» (o sea, pertenecientes a corrientes metodológicas o tradiciones académicas concretas, relativamente impermeables entre sí). Los intercambios académicos requieren aprender de los puntos de vista de los demás, no solo exponer nuestra propia postura individual. (Por ejemplo, yo fui probablemente la única persona que acudió tanto al Congreso sobre *Foundations* de Skinner en abril, como a la fiesta de cumpleaños de Koselleck en mayo del mismo año<sup>2</sup>). Siendo ésta la situación, hay que reconocer que la iniciativa del HPSCG ha tenido bastante éxito a la hora de integrar a colegas de procedencias intelectuales y disciplinas diferentes.

Quizás más interesante que centrarse en el estancamiento de las organizaciones e instituciones intra-disciplinares e «intra-partidarias», sería preguntarse por el papel que ha tenido la internacionalización del

---

<sup>2</sup> Kari Palonen se refiere sin duda al 25 aniversario de la publicación de la célebre obra de Quentin SKINNER *The Foundations of the Modern Political Thought* (1978). Con tal ocasión, Skinner pronunció en el Gonville and Caius College de la Universidad de Cambridge una conferencia titulada «Rethinking the Foundations» (10-12 de abril de 2003). Poco después, el 24 de mayo, tuvo lugar en Alemania otra reunión académico-festiva para celebrar el 80 cumpleaños de Reinhart Koselleck. Añadiremos que un año más tarde, el 4 de abril de 2004, tuvo lugar en el Instituto Finlandés en Berlín la presentación del libro de Kari PALONEN *Die Entzauberung der Begriffe* (2003), con la participación de R. Koselleck, Q. Skinner y del propio K. Palonen (N. de los T.).

mundo académico en nuestro campo. Los años noventa no solo nos han legado grandes programas oficiales de intercambio que llevan nombres como Erasmus o Sócrates, sino también una importante y creciente movilidad académica para los estudiantes universitarios. Al mismo tiempo, los congresos internacionales y las publicaciones se han convertido en un mérito académico fundamental, especialmente para los jóvenes investigadores. La internacionalización de la carrera académica, los modelos de cooperación y de discusión, paralelamente a la intensificación inesperada de la extensión de las instituciones políticas y los modos de intercambio dentro de la Unión Europea, han subvertido los campos de actuación a nivel nacional. Una red de trabajo no disciplinar y académicamente no partidista, de cooperación regular y con escasa burocracia, sencillamente parece haber llamado la atención de aquellas personas que, o son nuevas en este campo, o están cansadas de las instituciones oficiales.

Otro ejemplo de instancia independiente de los contenidos de investigación en el área de la historia conceptual es la revolución de Internet. Internet ilustra muy bien la tesis de Koselleck de la temporalización de nuestra experiencia a través de la desespacialización y desnaturalización de los modos de relación académica. La observación de Koselleck de que el espacio sólo existe a través del tiempo<sup>3</sup> podría ser una excelente descripción de movimientos como éste en el ciberespacio. Sin el correo electrónico, por ejemplo, yo mismo nunca hubiera podido organizar el congreso de Londres, como tampoco hubiera podido localizar a tal número de participantes, que sobrepasaron las expectativas de los organizadores.

En resumen, me parece que hemos llegado a un público de académicos solitarios y cosmopolitas, que estaban insatisfechos con las formas establecidas y compartimentadas de investigación e intercambio, y que estaban esperando algo nuevo con impaciencia. Ellos, en cambio, han utilizado las reuniones del HPSCG como una especie de probeta experimental donde buscar espacios para su propio trabajo. Asumiendo que nuestra tarea continúa, estoy convencido de que esta circunstancia puede producir publicaciones, conferencias, etc., de historia de los conceptos en los sitios más inesperados, así como dar origen a una especie de hibridación de la historia conceptual con modalidades más o menos insólitas de investigación.

---

<sup>3</sup> Véanse los artículos de Reinhart KOSELLECK recogidos en *Zeitschichten*, op. cit., 2000.

El cambio de dimensión de la vida académica a que me refería anteriormente, obedece a una coyuntura intelectual concreta o, dicho en términos de Koselleck, a distintos tipos de estratos temporales. Todo ello señala la ruptura de un orden relativo y estable entre naciones, disciplinas y escuelas intelectuales que ha caracterizado la cultura político-académica posterior a la Segunda Guerra Mundial en toda Europa. Una de las grandes ventajas de la historia conceptual ha sido la habilidad, más o menos inconsciente, para aprovechar las oportunidades que se abrían con esta ruptura incipiente del orden establecido. Creo que deberíamos continuar resistiendo a todos los llamamientos para construir cualquier otro tipo de orden definitivo, y acostumbrarnos a vérnoslas con estos fenómenos difusos, frágiles, borrosos, caóticos o contingentes. Para lograrlo, hay que suponer que la historia de los conceptos tiene cierta capacidad para el «politiqueo» académico y jugará sus bazas por su capacidad para hacer política, por medio de la creación de nuevos *Spielräume* [espacios, campos de juego] para la investigación y redes de trabajo académicas.

Merece la pena especular sobre la pregunta de cuál es la nueva dimensión de la historia conceptual que realmente atrae a este tipo de público sin una identidad disciplinar concreta, nacional o académica. ¿Es simplemente una moda o tendencia académica pasajera, por citar la profecía menos afortunada de H. U. Wehler parodiada por Lucian Hölscher: «schon auf mittlere Sicht in die historische Sackgasse führen? [¿estamos llegando ya a medio camino del callejón sin salida histórico?]]»<sup>4</sup> Quisiera centrar la atención en dos niveles o modalidades diferentes, referidos ambos a distintos estratos temporales presentes en la actual cultura intelectual y política. El primero concierne a los modos diferentes de pensamiento político, mientras el segundo se refiere a los estilos de acción política, o si se prefiere, a la política de la política.

## 2. Una re-evaluación de los valores académicos

Siento aversión por las periodizaciones universalistas tales como modernidad y posmodernidad, capitalismo, democracia, globalización, o etiquetas similares que pretenden definir épocas enteras. Creo que

---

<sup>4</sup> Lucian HÖLSCHER, «Wie begrenzt ist die Sozialgeschichte? Diskutiert am Beispiel des Industrialisierungsdiskurses», en M. HETTLING, C. HUERKAMP, P. NOLTE & H.W. SCHMUHL (eds.) *Was ist Gesellschaftsgeschichte?*, Múnich, Beck, 1991, págs. 312-322.

todos y cada uno de estos términos implican una toma de postura categorial previa, pero que muchas veces, al tratar sobre estos temas, se utilizan como si contuvieran algo que trascendiera el poder de cada individuo y cada investigador para plantear sus propias preguntas y para construir sus propias perspectivas. Etiquetas tan generales como éstas tienen una disposición hacia el esencialismo, como si las «cosas» pudieran «realmente ser» algo, independientemente de la forma de plantearse las preguntas, o de la perspectiva desde la que el investigador se acerca a ellas. Pienso que uno de los logros históricos de la historia de los conceptos es su lucha contra tales planteamientos esencialistas, para subrayar la historicidad, contestabilidad y contingencia de todas estas etiquetas generalistas atribuidas a la época actual, o a la situación contemporánea del mundo en general.

Una historia intelectual de este tipo puede construirse simplemente invocando los nombres de los diferentes períodos históricos. Si utilizamos la tendencia de la historia conceptual no para buscar los antiguos orígenes sino las rupturas conceptuales recientes, podríamos afirmar que la versión íntegra y nominalista del perspectivismo tiene su origen en los trabajos de Friedrich Nietzsche y Max Weber. Solamente tomaré un pequeño párrafo del famoso ensayo de Weber sobre la objetividad, escrito hace casi exactamente cien años:

«Die Ausgangspunkte der Kulturwissenschaften bleiben damit wandelbar in die grenzenlose Zukunft hinein, solange nicht chinesische Erstarrung des Geisteslebens die Menschheit entwöhnt, neue Fragen an das immer gleich unerschöpfliche Leben zu stellen. Ein System der Kulturwissenschaften auch nur in dem Sinne einer definitiven, objektiv gültigen, systematisierenden Fixierung der Fragen und Gebiete, von denen sie zu handeln berufen sein sollen, wäre ein Unsinn in sich: stets kann bei einem solchen Versuch nur eine Aneinanderreihung von mehreren, spezifisch besonderten, untereinander vielfach heterogenen und disparaten Gesichtspunkten herauskommen, unter denen die Wirklichkeit für uns jeweils «Kultur», d. h. in ihrer Eigenart bedeutungsvoll war oder ist».<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> MAX WEBER, *Die «Objektivität» sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis. Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, Mohr, 1904 [1973], pág. 184. [«Los puntos de partida de las ciencias de la cultura siguen variables en el inmenso futuro, mientras la inmovilización china de la vida espiritual desacostumbra a la humanidad a plantear preguntas cada vez nuevas a la vida continuamente inagotable. Un sistema de ciencias culturales aunque sólo fuera en el sentido de una fijación definitiva, objetivamente válida y sistematizadora de los problemas y los campos que se pretende que traten, sería una absurdidad en sí. Un intento de este tipo sólo puede dar lugar a una yuxta-

En este párrafo Weber resume virtualmente los objetivos de la historia conceptual, y en varios pasajes bien conocidos de su análisis del concepto luterano de *Beruf* [vocación], también pone en práctica algo similar a lo que actualmente llamamos historia conceptual<sup>6</sup>. Solamente en el mundo posterior a Nietzsche y a Weber aparecerán planteamientos de historia conceptual como formas de trabajo académicas plenamente legítimas, al menos en algunos ámbitos pertenecientes a las *Kulturwissenschaften* [ciencias de la cultura], en el amplio sentido weberiano del término.

Las obras de Nietzsche y de Weber marcaron una re-evaluación, un reajuste de los valores académicos [*Umwertung der Werte*], un cuestionamiento de la búsqueda progresiva de un conocimiento firme y seguro, y por ende, de un orden político justo y estable. Las décadas transcurridas entre los años noventa del siglo XIX y los años veinte de la siguiente centuria fueron fascinantes. En algunos aspectos, aquel período fue más decisivo, en términos de cambios conceptuales, que la famosa *Sattelzeit* de Koselleck<sup>7</sup>. En ese momento, la quiebra con el viejo orden también incluía la ruptura con el característico «progresivismo» del pensamiento del siglo XIX. Esta ruptura se interrumpió durante la época de los regímenes totalitarios, la Segunda Guerra Mundial y la ideología de reconstrucción de la posguerra, y también con el auge de la sociología y campos afines, que aún requieren una recapitulación adecuada sobre la base de una amplia base comparativa.

Sin embargo, al analizar el caso de la historia conceptual, debe señalarse una cierta paradoja histórica. No son los seguidores de Nietzsche o de Weber sino más bien los nostálgicos, los que se opusieron al progresivismo del siglo XIX —Carl Schmitt, Otto Brunner y Werner Conze en particular— quienes verdaderamente están en el trasfondo de la *Begriffsgeschichte* [historia de los conceptos] alemana. Thomas Etzelmüller, estudiando los objetivos originales en el *Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte* [Grupo de trabajo de historia social contemporánea], utiliza una cita de Conze: «*Unbehagen über unsere historische*

---

posición de diferentes puntos de vista, específicamente particulares, a menudo heterogéneos entre sí y dispares. Entre ellos, la realidad ha sido o es para nosotros «cultura», esto es, significativa en su particularidad», versión española de Michael Faber-Kaiser, en Max WEBER, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Barcelona, Península, 1971, pág. 53.

<sup>6</sup> Kari PALONEN, «Die Umstrittenheit der Begriffe bei Max Weber», en G. SCHOLTZ (ed.), *Die Interdisziplinarität der Begriffsgeschichte*, Hamburgo, Meiner, 2000, págs. 145-158.

<sup>7</sup> *Sattelzeit*: época-silla, a caballo entre mediados del setecientos y mediados del ochocientos, caracterizada por una profunda y acelerada mutación conceptual (*N. de los T.*).

*Sprachverwirrung*» [«la dificultad debida a la confusión histórica de nuestro idioma»], y presenta su planteamiento acerca del *Lexikon* —un esquema temprano de lo que hoy conocemos como *Geschichtliche Grundbegriffe*—, una especie de válvula [*Ventil*] para clarificar conceptos<sup>8</sup>. Tampoco Reinhart Koselleck ha explicado adecuadamente por qué la *Sattelzeit* habría llegado a su fin alrededor de 1850, si bien la excluye tácitamente de sus consideraciones sobre la *Begriffsgeschichte* desde principios de la década de 1970.

Quienes actualmente practican la historia de los conceptos, o nunca han conocido, o afortunadamente han olvidado estos orígenes tan nostálgicos —con la posible excepción de la acogida de Brunner y Schmitt en Italia—. En términos de la actual historia de los conceptos, el perspectivismo de Nietzsche o de Weber juega un papel más relevante a través de numerosos intermediarios. Esto es cierto también para la variante de Koselleck de la *Begriffsgeschichte*, al menos a partir de los primeros ochenta del siglo xx. Ha jugado un papel fundamental en lo que al principio se dio en llamar la escuela «revisionista» en la historia del pensamiento político, con su crítica de la historiografía *whig* y la aplicación de la teoría de los «actos de habla» (*speech acts*) de Wittgenstein y Austin, y también sobre el «análisis del discurso» de la filosofía, lingüística e historia de la literatura posestructuralistas, así como sobre el retorno de la historiografía retórica en sus más variadas formas.

La idea de que incluso los conceptos tienen una historia propia y que, como indica mi cita de Weber, carece de sentido buscar un final para la historia conceptual, permanece aún como algo que parece ir contra el sentido común para cualquier curso de introducción metodológica en las ciencias humanas. Creo que el paso decisivo, una auténtica subversión de valores [*Umwertung der Werte*] en la cultura académica, consistió en el desplazamiento de esta historicidad desde un lugar residual que pudiera no contemplarse a convertirse en una materia objeto de investigación, en un instrumento de mejora de nuestro conocimiento sobre los cambios en el uso de los conceptos.

Todo esto es más fácil de comprender si la historia conceptual se practica no como una historia de disciplinas o de investigación científica intra-académica, sino de los conceptos tal cual fueron utilizados primariamente por los seres humanos, a diferencia de los utilizados ulteriormente por sus intérpretes. Si se extienden las propuestas de Quentin

---

<sup>8</sup> Thomas ETZEMÜLLER, *Sozialgeschichte als politische Geschichte. Werner Conze und die Neuorientierung der westdeutschen Geschichtswissenschaft nach 1945*, Múnich, Oldenbourg, 2001, pág. 172.

Skinner y otros como él para ensanchar las fuentes de la historia del pensamiento político, incluyendo los discursos y escritos de los políticos que ejercieron como tales, comprenderemos mejor los cambios conceptuales como instrumentos de cambio político. La liberación de la tutela de los expertos y especialistas es una de las ventajas alcanzadas por la política democrática y parlamentaria, una ventaja escasamente reconocida que debiera también tenerse en cuenta para el estudio de la historia conceptual, al menos desde el último tercio del siglo XIX.

### 3. De la política de las respuestas a la política de las preguntas

Mi objetivo más relevante en este artículo se refiere a la estrecha relación existente entre la historia conceptual, como estudio de los cambios del uso de los conceptos en la práctica política, y el carácter cambiante de estas prácticas en sí mismas. Mi tesis es casi un lugar común en ciencia política. El debate no se centra únicamente en los distintos puntos de vista, sino en las cuestiones a las que se debe prestar atención, en los asuntos a tratar («agenda-setting», para decirlo en la jerga particular de la disciplina). Por ejemplo, el conocido análisis de Bachrach y Baratz sobre las llamadas «no-decisiones»<sup>9</sup> es comprensible tanto en términos de la «lógica de cuestiones y respuestas» de Collingwood, como de la famosa negación de la existencia de la «cuestiones perennes» por parte de Quentin Skinner<sup>10</sup>. Cuando Collingwood escribe en su *Autobiography* que: «Cada cuestión tiene que “surgir”»<sup>11</sup>, la comprensión de la política se vuelve progresivamente hacia el estudio de la aparición de nuevas cuestiones políticamente controvertidas.

Desde la perspectiva de la historia de los conceptos, el cambio de contenido de la agenda, así como la tendencia hacia una transición desde la vieja «política de problemas y puntos de vista concretos» («*politics of issues and standpoints*») hacia una nueva «política de agenda» que hace de la propia formación de las cuestiones el tema clave políticamente. Por

---

<sup>9</sup> Según esta perspectiva, el verdadero poder no sólo se ejerce positivamente en la toma de decisiones, sino también negativamente, a través de la capacidad de restringir la agenda de asuntos debatibles (véanse al respecto los artículos de P. Bachrach y M. S. Baratz, «Two Faces of Power» y «Decisions and Non-decisions: An analytical framework», *American Political Science Review*, 1962, págs. 947-952 y 1963, págs. 632-642 (*N. de los T.*).

<sup>10</sup> Quentin SKINNER, «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory*, 8 (1969), págs. 3-53.

<sup>11</sup> R. G. COLLINGWOOD, *An Autobiography*, Oxford, Clarendon Press, 1978, pág. 37.

supuesto, el primer tipo de problemas no desaparece, y por ejemplo, el uso frecuente de referendos acentúa la simplificación de las preguntas que requieren un tipo de respuesta clara. El punto decisivo es que los representantes políticos participan en el planteamiento de la agenda. El viejo decisionismo de una cosa-u-otra ha quedado obsoleto en la medida en que las preguntas acerca de *por qué*, *cuándo* y *cómo* un tema ha llegado a convertirse en asunto político se suscitan cada vez con mayor frecuencia a la hora de tratar esos mismos temas.

Puede observarse también un pequeño cambio en esta política de agenda en los procesos de toma de decisiones parlamentarias. En los propios nombres de los ministerios podemos detectar signos muy claros de cambios conceptuales en la manera de entender lo que está haciendo un gobierno. Los ministerios clásicos de «interior y asuntos exteriores» fueron diferenciándose inicialmente con la creación de ministerios de guerra (posteriormente, defensa), justicia y finanzas. No fue hasta el siglo XX cuando se introdujeron nuevos tipos de ministerios, como el de educación, cultura, asuntos sociales, comercio, industria, transporte, y el último en la lista, medio ambiente y mujer. Esta tematización aditiva que va añadiendo progresivamente asuntos a la agenda política gubernamental, sin reemplazar los fundamentos del proceso de «planteamiento de agenda», alude a una mínima politización por medio de la simple introducción de nuevas cuestiones que van poniéndose en boga.

El debate acerca de la inclusión o la exclusión de tal o cual cosa en la agenda política se mueve en el contexto de un amplio debate público. Se refiere sólo a lo que se traslada desde el debate a la agenda parlamentaria y a las decisiones del gobierno. Aquí, el problema retórico de renombrar y reinterpretar el significado, relevancia y color normativo de los conceptos juega un papel fundamental con respecto a su inclusión o exclusión. Los cambios en la agenda se pueden analizar, en este sentido, en los términos skinnerianos de un «ideólogo innovador» [*innovating ideologist*] frente a otro apologetico, haciendo uso cada uno de ellos de diferentes estilos de redescipción retórica<sup>12</sup>. La ilustración de un cierto uso concreto de un concepto en cierta manera ya legitimado aumenta su aceptabilidad en el contexto en cuestión. Para poner un ejemplo relativo a los nombres de las calles, la introducción del famoso revolucionario Auguste Blanqui en el callejero de París fue

---

<sup>12</sup> Quentin SKINNER, «Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action», *Political Theory*, 2 (1974), págs. 277-303.

legitimado a finales del siglo XIX por el hecho de que en la ciudad de Toulon ya se le había dedicado una calle, lo cual ayudó a convencer al alcalde de la ciudad, de signo conservador, para que se aceptase el nombre *boulevard Auguste Blanqui* en el distrito 13, puesto que «ce qui a été trouvé bon pour Toulon ne peut être mauvais pour Paris»<sup>13</sup>.

Las cuestiones de agenda no sólo están relacionadas con la selección de prioridades o de énfasis: la simple comprensión de una cuestión concreta como contingente y controvertida señala un cambio de politización en la agenda. También podemos encontrar una cierta politización en la estrategia aditiva consistente en ir añadiendo temas nuevos, una estrategia que, aun sin eliminar las antiguas cuestiones de la agenda, al centrarse en los nuevos asuntos tiende a desplazar a los viejos a segundo plano. Las antiguas cuestiones no quedan despolitizadas de repente, sino que más bien pierden su aspecto innovador en la palestra pública [*Spielraum*]. No se trata del pretendido peso «objetivo» de la cuestión, sino más bien de su papel en la reconfiguración de la constelación de asuntos políticos a tratar. En la obra *Kontroverse Begriffe*<sup>14</sup>, los lingüistas alemanes han mostrado convincentemente cómo en la República Federal la politización a través de la tematización de nuevas cuestiones, alteró totalmente el panorama político, porque las antiguas líneas divisorias entre opiniones políticas no podían ya ser aplicadas a estas nuevas cuestiones. En la política de denominación, por ejemplo, la crítica feminista a prácticas lingüísticas al uso, la doble asignación de sexo, o la neutralización o «desgenerización» (*de-engendering*) de los nombres de los agentes políticos, ha abierto tanto en Alemania como en todas partes, un encarnizado debate sobre un tema que antes era visto muy raramente como materia de controversia<sup>15</sup>.

En el corazón de estas luchas retóricas encontramos distintos intentos de politizar determinados conceptos que hasta ese momento nadie había reconocido como palestra o campo de juego [*Spielraum*] abierto

---

<sup>13</sup> «Lo que ha sido considerado bueno para Toulon no puede ser malo para París». Alfred FIERRO, *Histoire et mémoire du nom des rues de Paris*, París, Parigramme, 1999, pág. 87.

<sup>14</sup> Georg STÖTZEL y Martin WENGELER (eds.), *Kontroverse Begriffe. Geschichte des öffentlichen Sprachgebrauchs in der Bundesrepublik*, Berlín, De Gruyter, 1995.

<sup>15</sup> Incluso en la década de los sesenta del siglo XX no era todavía visto como tema de especial controversia. Para el debate en Francia, véase Claudie BAUDINO, *Politique de la langue et différence sexuelle. La politisation des noms de métier*, París, L'Harmattan, 2001. Y para el caso alemán, véase Hildegard GÖRNY, «Feministische Sprachkritik», en G. STÖTZEL y M. WENGELER (eds.), *Kontroverse Begriffe. Geschichte des öffentlichen Sprachgebrauchs in der Bundesrepublik*, Berlín, De Gruyter, 1995.

a la contestación y a la contingencia. En otras palabras, deberíamos estar más atentos que nunca a aquellas situaciones en las cuales la actuación de los políticos deja ver que son conscientes de las implicaciones conceptuales de sus discursos, especialmente de sus dimensiones retóricas a la hora de denominar, «colorear» y fijar marcos de referencia. Desde la década de los ochenta del siglo xx, se está haciendo cada vez más difícil para los políticos denunciar el papel «meramente» semántico o el nivel «simplemente» retórico, por oposición a supuestos niveles más «profundos» o más «sustanciales» de la controversia. La interrelación entre lenguaje y realidad, pensamiento y expresión, conceptos y retórica está siendo cada vez mejor entendida, a pesar de que todavía es habitual la búsqueda de la «base», la «esencia» y demás. Una nueva valoración de las cualidades literarias y oratorias de los políticos resulta hoy día bastante obvia y la capacidad para ver con claridad los diferentes estratos de la controversia conceptual sería asimismo un recurso esencial para un político competente e innovador.

Un nivel superior de la política de agenda tiene que ver con el modo y el ritmo a través de los cuales las cuestiones son tematizadas, explicadas y presentadas al público. Podemos detectar un tácito esencialismo anti-histórico en el vocabulario funcionalista y estructural procedente de la sociología incorporado hoy día a la jerga administrativa. (En el actual gobierno sueco existe todavía, por ejemplo, un «Ministerio de Infraestructura»). Este esencialismo aún forma parte del lenguaje de la generación de políticos actualmente en el poder, la mayoría de los cuales estudiaron ciencias sociales, económicas o derecho en los años sesenta y setenta del siglo xx. En la medida en que los políticos se vayan desembarazando de este vocabulario *démodé*, o que políticos de diferentes procedencias académicas entren en el juego político, se comprenderá mejor la nueva perspectiva de investigación acerca de la génesis de las cuestiones relevantes.

Una idea crucial tanto en historia conceptual como en la aproximación retórica es la siguiente: no existen cuestiones políticas por naturaleza, sino únicamente cuestiones que han sido politizadas. Las cuestiones surgen siempre como respuesta a movimientos o procesos de politización, y solamente cuando son tematizadas como asuntos contingentes y controvertidos. Cada una de ellas tiene su propios estratos temporales diferenciados, así como ciertos índices contextuales que indican cuándo, cómo y dónde fueron politizadas. Así, se plantea la pregunta de si ellas comportan todavía alguna carga política en una situación actual, o si por el contrario han sido devaluadas y desplazadas en favor de cuestiones politizadas más recientemente. En otras pala-

bras, la politización de un nuevo tópico en la agenda desafía a la anteriores politizaciones, pero como indican los nombres de los diferentes ministerios, no relega automáticamente los antiguos asuntos a un lugar menos importante. En este punto, la idea de Koselleck de que cada concepto posee estratos temporales diferentes resulta extraordinariamente valiosa<sup>16</sup>.

Una de las principales diferencias entre el modo de tematizar los conceptos políticos en el ochocientos y en el novecientos tiene que ver con la disparidad entre la política de relativa estabilidad y cuasi-espacialidad de los gobiernos del siglo XIX, y la política más intensamente temporalizada del siglo XX, en la cual son bastante visibles los diversos modos y estratos de politización. Esto se ve más claramente en las disputas cotidianas acerca del uso del adjetivo «político», en el contexto de expresiones referidas a criminales, prisioneros, refugiados, asociaciones, organizaciones «políticas» y demás. En algunos casos, «político» aparece como un término reprobatorio e incluso como causa de persecución, mientras que en otras, cual es el caso del estatus de «refugiado político», es un término que aumenta precisamente las posibilidades de ponerse a salvo de la persecución. Es fácil ver en este sentido que la enorme amplificación de los *topoi* alrededor de los cuales la política y lo político han sido tematizados desde el siglo XIX, ha complicado mucho los debates. Hoy en día, está claro que, al igual que sucede con otros conceptos como igualdad y justicia, la política y lo político requieren cada vez más una respuesta a la pregunta: «¿en qué sentido?» —una pregunta que en principio se plantea para comprender de qué se trata, pero que nos ha conducido casi sin darnos cuenta a la historia del concepto, a la aparición tácita de nuevas dimensiones en el uso del concepto.

El cambio de énfasis de la política de cuestiones sueltas a una nueva política de agenda, o de la política de las respuestas a una política de preguntas, no es independiente de la historia del concepto de política. Y al mismo tiempo hace que la dimensión conceptual se convierta en algo indispensable para los agentes políticos. Por ejemplo, ninguna legislación o tratado que aplique el vocabulario de la libertad puede dar por supuesto que el público comparte el significado del concepto, o que dicho público interpreta uniformemente las intenciones de los agentes

---

<sup>16</sup> Reinhart KOSELLECK, «Hinweise auf die temporalen Strukturen begriffsgeschichtlichen Wandels», en Hans Erich BÖDEKER (ed.), *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen, Wallstein, 2002, págs. 29-47.

involucrados. Si examinamos más de cerca incluso la historia de las discusiones filosóficas, no hay razón para asumir que el debate tenga que llevar necesariamente a los participantes en la disputa a acercar las posiciones de unos y otros. El principio de Protágoras de hacer fuerte el *logos* más débil es una buena máxima contra cualquier pretensión de poner fin a la historia conceptual.

#### 4. El concepto como un abanico de cuestiones

Una vía alternativa para tratar sobre los conceptos consiste, por supuesto, en la observación de la historia de la controversia misma como materia de conceptualización. Las *formulae* introducidas como instrumentos en una polémica política en curso pueden, pues, tomarse como la más reciente contribución a las historias de las controversias conceptuales, dando quizás un nuevo giro a la interpretación del concepto, cuando este se traslada a un nuevo contexto político. Tomar los conceptos, por citar de nuevo a Koselleck, como «pivotes» de la controversia actual, les concede, al menos, alguna posibilidad para el cambio en términos de ofrecer una discusión inteligible a través de los instrumentos de la historia conceptual<sup>17</sup>.

El debate sobre la contestabilidad de los conceptos continúa, incluso entre historiadores conceptuales como Melvin Richter y Terence Ball<sup>18</sup>. Si distinguimos entre conceptos y *termini technici*, por ejemplo, entre el concepto político de representación proporcional y las diversas fórmulas técnicas para la distribución de los escaños, como el sistema d'Hondt, podremos entender que los modelos técnicos válidos siempre están relacionados con la discusión acerca de los conceptos de «proporción» y «representación». En este punto, está claro que el concepto se refiere a un abanico de problemas que se resisten a una repuesta definitiva. Cuando «surge una cuestión», significa que se ha hecho patente que un concepto en concreto se ha tematizado como controvertido. En

---

<sup>17</sup> Reinhart KOSELLECK, «A Response to Comment on the Geschichtliche Grundbegriffe», en Hartmut LEHMAN y Melvin RICHTER (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, Washington, German Historical Institute, 1996, págs. 59-70.

<sup>18</sup> Melvin RICHTER, «Conceptualizing the Contestable. "Begriffsgeschichte" and Political Concepts», en Gunter SCHOLTZ (ed.), *Die Interdisziplinarität der Begriffsgeschichte*, Hamburgo, Meiner, 2000, págs. 135-144. Y, Terence BALL, «Confessions of a Conceptual Historian», *Finnish Yearbook of Political Thought*, 6 (2002), págs. 11-31.

términos más generales, cuando se invoca un concepto dentro de un debate político, esto implica la apertura de al menos algunos aspectos del abanico de cuestiones que pueden haber sido históricamente recogidas y transferidas por este mismo concepto.

Por ejemplo, cuando un político habla de «parlamentarismo», él o ella pueden estar refiriéndose a un manojo de interpretaciones diferentes y parcialmente conflictivas sobre el mismo concepto: desde el requisito constitucional de la selección o destitución de los gobiernos a través del principio político de la confianza (o al menos de la ausencia de no-confianza), por el gobierno en el parlamento; hasta el modo parlamentario de la actuación política opuesta a las formas extra y anti-parlamentarias; e incluso al principio deliberativo del «gobierno por la palabra» [*government by speaking*]. Me gustaría además dirigir la atención hacia la dimensión retórica característica del parlamentarismo, por la cual la forma de hablar a favor y en contra es el principio fundamental del procedimiento parlamentario. Todas estas costumbres se hacen inteligibles cuando tenemos en cuenta, tanto los estratos históricos del concepto de parlamentarismo en su contexto, como los movimientos retóricos implicados en el acto discursivo dirigido a una audiencia distinta.

El principio de Quentin Skinner de que «la vida política en sí misma plantea los problemas fundamentales para el teórico de la política, produciendo un cierto espectro de temas que aparecen como problemáticos, y un abanico correspondiente de cuestiones como objeto principal de debate»<sup>19</sup>, se puede interpretar también considerando los conceptos como cuestiones. Este principio indica que las cuestiones conceptuales se convierten en una parte inherente del estudio de la política, simplemente porque la «vida política en sí misma» no puede existir sin ellos. Mi tesis es que hoy día no puede haber ningún estudio serio sobre política —dentro o fuera de los departamentos académicos de ciencias políticas— sin la presencia de, al menos, un mínimo elemento de historia conceptual.

Otra consecuencia de combinar el principio skinneriano y la tendencia hacia una política de cuestiones (o de selección de agenda) radica con la demanda tácita de tratar a los agentes políticos como innovadores conceptuales. La propia autonomía de la acción política, en razón, por ejemplo, de la especial urgencia y el peligro omnipresente

---

<sup>19</sup> Quentin SKINNER, *The Foundations of Modern Political Thought, Vol. I, The Renaissance*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, pág. xi.

de encerronas políticas, requiere opiniones constantemente renovadas por parte de los políticos como una condición propia de su actividad. Las revisiones conceptuales que realizan los políticos no deben confundirse sin embargo con los eslóganes que acuñan conscientemente, sino más bien con cambios imperceptibles en el sentido, el tono, el vocabulario y la importancia atribuida a los asuntos, cambios que sólo más tarde podrán ser detectados por los historiadores. El problema no es la existencia sino la detección de este tipo de novedades conceptuales propuestas por los políticos entre los millones de actos de habla en cuestión<sup>20</sup>.

Una diferencia importante entre la política orientada hacia las respuestas frente a la política orientada hacia las cuestiones tiene que ver, obviamente, con la variedad de campos de juego [*Spielraum*] de que disponen los políticos competentes. Mientras los políticos aporten respuestas pormenorizadas a cuestiones comunes, pueden introducir variaciones conceptuales a pequeña escala. Por ejemplo, al matizar retóricamente un concepto, los políticos intentan abrir nuevos horizontes de discusión por medio de la tematización conceptual. El peligro real de este último tipo de política, se relaciona más con la posibilidad de que surja una situación en la cual no exista ninguna oposición en absoluto, donde las nuevas cuestiones que están siendo tematizadas podrían ser fácilmente ignoradas o descartadas, y los políticos que abandonen los espacios comunes de debate por otros nuevos podrían ser fácilmente burlados.

A pesar de todo, en los casos en los que se discute la agenda política, y la introducción de nuevas cuestiones es la fuerza principal a disposición del político, la habilidad para provocar modificaciones conceptuales parece ser una condición previa para perfilarse como un político creativo. Este es especialmente el caso de aquellos políticos a quienes les falta el respaldo de una mayoría numérica, bien sea en su propio partido, o bien dentro del arco parlamentario. Incluso si el número se mantiene como la *ultima ratio* de la política democrática, como afirmó Weber<sup>21</sup>, el peso decisivo del factor cuantitativo puede atenuarse por medio de innovaciones conceptuales. En realidad, podríamos añadir al paradigma de Skinner del ideólogo innovador el del político

---

<sup>20</sup> Para un punto de vista más detallado, véase Kari PALONEN, «Political Theorising as a Dimension of Political Life», Paper presented at the Conference *Rethinking the Foundations*, Cambridge, 10-12 de abril de 2003.

<sup>21</sup> Max WEBER, «Wahlrecht und Demokratie in Deutschland», *Max-Weber-Studienausgabe*, Vol. I, 15, Tübingen, Mohr, 1917 [1988], págs. 155-189.

innovador, una figura que no puede prescindir de las cuestiones conceptuales y para quien las estrategias retóricas y las tácticas de revisión conceptual serían parte indispensable de su repertorio político.

Uno de los reproches populistas más comunes a la política de nuestros días es que se ha vuelto tan complicada que «la gente corriente» ya no está en condiciones de entenderla. Se trata de un argumento que parece responder a un contexto político del pasado, de los años cincuenta del siglo XX en particular, como si esa política simple se hubiera basado en la naturaleza de las cosas. A partir de ahí, se clama por el retorno de este tipo de política sencilla, en la cual las distinciones entre el gobierno y la oposición, las tendencias políticas de derecha e izquierda y demás, eran siempre reconocibles a simple vista, y no precisaban de ninguna clase de lectura política para ser percibidas. Pero si tomamos en serio la metáfora de la *lectura* política, no tenemos ninguna razón para presuponer que «la gente corriente» tuviera que ser políticamente analfabeta. El punto fundamental es, sin embargo, que la política de las cuestiones, y la profundización en los estratos históricos y retóricos de estas cuestiones, requiere también unas destrezas o «capacidades alfabéticas» en política muy diferentes de aquellas que, tanto políticos profesionales como ocasionales acostumbran poseer en la actualidad. Si la historia conceptual llegara a desempeñar alguna vez un papel político directo, esta disciplina debiera enseñar a los políticos las modalidades de lectura conceptual de la política tanto como la lectura política de los usos conceptuales.